

## BIBLIOGRAFÍA CIDIANA. ÚLTIMAS APORTACIONES (1999-2002)

FRANCISCO GARCÍA FITZ  
Universidad de Extremadura

En el verano de 1999 se cumplía el noveno centenario de la muerte de Rodrigo Díaz de Vivar. Como era previsible, dada la significación histórica, literaria e incluso mítica del personaje, aquella efeméride fue motivo para que se celebrasen todo tipo de actos relacionados con su figura y con su gran gesta épica, el *Poema de Mío Cid*, en una cantidad y variedad verdaderamente notables: se organizaron cursos y seminarios monográficos, mesas redondas, conferencias, ciclos de cine, exposiciones artísticas y conmemorativas, congresos científicos, rutas turísticas... Hasta una «*baraja española conmemorativa de la muerte del Cid Campeador*», con texto de Jesús M<sup>a</sup> Jabato y dibujo de V.S. Algora, vio la luz en Burgos aquel año.

Algunas de estas iniciativas consiguieron no perecer en la misma vorágine de los fastos, gracias a la publicación posterior de sus resultados. Es el caso de diversos seminarios, conferencias y congresos cuyas actas han ido apareciendo y que, al sumarse a las biografías que también se editaron o reeditaron en 1999 o 2000 con motivo de la conmemoración, forman un elenco de aportaciones bibliográficas digno de tenerse en cuenta. Además, en aquellas mismas fechas y en los años inmediatos se editaron otras publicaciones de similar tenor —biografías, estudios comparativos, actas de jornadas científicas— que no estaban directamente relacionadas con la efeméride que comentamos <sup>1</sup>.

---

<sup>1</sup> Debo agradecer a D. David Porrinas González, Becario de Investigación del Departamento de Historia de la Universidad de Extremadura, buen conocedor de la materia cidiana, su inestimable colaboración en la identificación y localización de algunas de las más recientes aportaciones bibliográficas sobre Rodrigo Díaz.

## 1. INSTRUMENTOS BIBLIOGRÁFICOS

Como consecuencia de todo ello, en menos de un lustro la relación de obras sobre el Cid ha crecido de manera considerable, dejando muy pronto atrasadas —aunque no obsoletas—, algunas recientes recopilaciones de bibliografía cidiana. Es el caso, por ejemplo, de la *crono-bibliografía* elaborada por J.M. Fradejas<sup>2</sup>, una larga y valiosa colección de títulos que abarca tanto la producción sobre el *Poema de Mío Cid* como la publicada sobre el personaje histórico entre 1779 —año de la primera edición del *PMC*— y 1999, ordenada por años y completada con índices de autores y editores que facilitan su consulta. Se han incluido en este trabajo un total de 1196 referencias bibliográficas que constituyen, al día de hoy, la más amplia y completa recopilación de estudios cidianos en su doble vertiente literaria e histórica. Este trabajo fue encargado al autor por los organizadores del Congreso sobre *El Cid, Poema e Historia*, celebrado en Burgos para conmemorar el noveno centenario de la muerte de Rodrigo Díaz, y fue concebido, por tanto, como una aportación a la efeméride. Por razones obvias, el autor no pudo incluir —salvo alguna excepción— aquellas obras que se publicaron, precisamente, con motivo de aquel recordatorio de 1999, ya fuera en este mismo año o en posteriores.

La reciente publicación en 2002 de una vasta recopilación bibliográfica sobre Burgos en la Edad Media<sup>3</sup>, a cargo de Federico Pérez, ha permitido actualizar aquella información, puesto que en la obra se recoge un número significativo de entradas sobre manuscritos y documentos cidianos, sobre el personaje histórico y sobre el *Poema*. A los efectos que aquí interesan, cabe destacar las más de 120 fichas bibliográficas dedicadas específicamente a la «*historia y leyenda del Cid*», donde se incluyen referencias a algunas de las obras publicadas después de 1999.

Dada la eclosión bibliográfica que se ha producido a partir de las citadas conmemoraciones, tal vez merezca la pena dar cuenta de algunos trabajos significativos aparecidos en los últimos cuatro años, en el entendimiento de que esta aportación no es ni ha pretendido ser exhaustiva, y de que se refiere únicamente a aquellas obras que tienen por objeto el estudio del personaje —ya sea en su dimensión histórica o en su vertiente mítica o legendaria—, y no a aquellas otras que se centran en el *Poema de Mío Cid* y sus valores literarios o filológicos.

---

<sup>2</sup> FRADEJAS RUEDA, José Manuel: *Crono-Bibliografía Cidiana*, Excmo. Ayuntamiento de Burgos, Burgos, 1999.

<sup>3</sup> PÉREZ Y PÉREZ, F.: *Ensayo de bibliografía medieval burgalesa (Estudio de 6600 fichas bibliográficas)*. IX Centenario del Cid Campeador, ed. Dosssoles, Burgos, 2002.

## 2. APORTACIONES DE CARÁCTER DIVULGATIVO

El noveno centenario de la muerte de Rodrigo Díaz no podía pasar desapercibido para el gran público interesado en cuestiones históricas, de manera que las revistas de difusión histórica aprovecharon su conmemoración para dedicarle artículos más o menos extensos o, en algún caso, informes monográficos en los que se suele presentar y analizar al personaje en la encrucijada entre la historia, el mito y la leyenda. A este respecto se podrían destacar tres ejemplos: el número 2 de la revista *El Mundo Medieval* convirtió a Rodrigo Díaz en objeto de su sección «protagonistas», abordando la doble faceta de personaje histórico y su contexto, y de personaje literario forjado en las crónicas —árabes y latinas— y en la épica castellana, a cargo respectivamente de Marco Tangheroni y Alberto Montaner.

*La Aventura de la Historia* dedicó en su número 5 de 1999 todo un dossier al análisis de «El Cid, historia y leyenda», trazando el perfil de personaje desde tres perspectivas: J. L. Martín realizó un breve recorrido por su trayectoria vital y su contexto histórico, que se prolonga en el tiempo gracias la formación de un personaje de leyenda que acaba difuminando u ocultando al personaje real; P. López Pita se centró específicamente en el estudio las relaciones de Rodrigo Díaz con los diversos poderes musulmanes; N. Salvador Miguel, por su parte, se encargó de reconstruir la figura del Cid a través de la literatura medieval.

Por último, *Historia16* —nº 278, junio 1999— también dedicó un «informe» monográfico al Cid en el IX Centenario de su muerte, articulando su contenido en tres apartados complementarios: el estudio de «*el personaje en su historia*», un repaso por la biografía de Rodrigo, lo llevó a cabo J.Á. García de Cortázar; J. Guadalajara se encargó de analizar la formación del héroe «imaginario» y literario a partir de las obras en las que el personaje fue protagonista, desde la *Historia Roderici* a las *Mocedades*, pasando por supuesto por el *Poema de Mío Cid* o el *romancero*; en tercer lugar, C. Laliena Corbera procuró recrear «*el mundo del Cid*» y su contexto «*entre África y Europa*», entre el ámbito islámico dominado por los turcos silyuqés y por los fatimíes en Oriente y fragmentado en reinos de taifas en Occidente, y el ámbito cristiano expansivo de los reinos norteños peninsulares, de la Francia capeta, la Inglaterra normanda, del Imperio germánico, del Papado romano y de las cruzadas.

En este mismo terreno de la difusión histórica, conviene también recordar la publicación de los catálogos de algunas exposiciones concebidas para conmemorar la efeméride del año 99. Es el caso, por ejemplo, de la organizada en el Arco de Santa María de Burgos entre julio y sep-

tiembre de aquel año, y de la celebrada en el Museo de Prehistoria y de las Culturas de Valencia de enero a abril de 2000<sup>4</sup>.

### 3. CURSOS, CICLOS DE CONFERENCIAS, CONGRESOS Y JORNADAS

Organizados al hilo de la conmemoración y pensados para un público amplio, se desarrollaron en 1999 diversos cursos y ciclos de conferencias. Entre ellos, cabe destacar el curso monográfico sobre *El Cid histórico y el Cid en la Leyenda* celebrado en la Universidad de Santa Catalina de Burgo de Osma, cuyos resultados se editaron poco después<sup>5</sup>. La obra recoge los textos de los «módulos» explicados durante el curso, dirigido por Salustiano Moreta, cuyo objetivo fue el de «*deslindar la figura real y extraordinaria del Cid, obtenida a través de documentos puramente históricos, de la figura del Cid deformada, en ciertos pasajes, por la necesaria exaltación reflejada en Poemas y Cantares*». Como en otras conmemoraciones cidianas de carácter científico, el conjunto de colaboraciones gira en torno a dos ejes fundamentales: el estudio del *Poema de Mio Cid* y el del personaje histórico. Además de las aportaciones realizadas centradas en los valores literarios, la autoría o la reconstrucción de las «rutas» del *Poema*, la obra presenta cuatro «conferencias» de interés para el conocimiento de Rodrigo Díaz, tanto el histórico como el legendario.

En primer lugar, Gonzalo Martínez Díez elabora «*un resumen de esa biografía del infanzón de Vivar, desnuda de leyendas y cantares, y ceñida exclusivamente a las noticias que de él nos dan la documentación y los testimonios históricos*» (p. 43), en el que lleva a cabo un amplio recorrido por la vida del Rodrigo «*de carne y hueso*», desde su nacimiento a su muerte.

La aproximación al Cid histórico se completa con otros dos trabajos sobre algunas de las fuentes que sirven para su estudio. De un lado, José Luis Corral Lafuente aborda la siempre difícil y discutida cuestión de la historicidad del *Poema* y de su grado de relación con la realidad histórica de Rodrigo. En este caso, el autor propone una nueva metodología

<sup>4</sup> *El Campeador: exposición conmemorativa, Arco de Santa María, julio-septiembre 1999. IX Centenario de la muerte del Cid*, Burgos, Instituto de Cultura, 1999; FERRER GARCÍA, Carlos (Coord.), GRAU GADEA, Santiago y otros (autores): *El Cid: mito y realidad. Catálogo de la exposición. Museu de Prehistoria i de les Cultures de València, del 27 de enero al 30 de abril de 2000*, Valencia, 2000.

<sup>5</sup> *El Cid histórico y el Cid en la Leyenda. Curso Monográfico impartido por la Universidad de Salamanca. XII Curso Universitario de Verano de la Universidad de Santa Catalina (1550-1841) de El Burgo de Osma, verano de 1999*, Burgo de Osma, 2000.

para la identificación de los topónimos que aparecen en el *Poema*, en la que la prospección arqueológica juega un papel importante en la localización de los lugares citados en los versos del *Cantar*. Ello lleva al autor a estrechar los lazos entre la realidad histórico-geográfica y la narración, en el convencimiento de que no existe «una dicotomía tan excluyente entre realidad y ficción en el *Poema*, sino... una complementariedad entre ambas» (p. 113). Por otro lado, Jaime Ramírez del Río se adentra en el estudio del Cid a través de la historiografía musulmana desde una doble perspectiva: en primer lugar, presentando y analizando las fuentes árabes sobre el personaje, lo que incluye la traducción de algunos fragmentos de aquellas obras —véase *infra* apartado 6—; en segundo lugar, estudiando la influencia que la literatura árabe pudo haber tenido en el *Poema de Mio Cid* y en la *Leyenda de Cardeña* incluida en la *Primera Crónica General*.

Por último, Salustiano Moreta realiza un sugerente acercamiento al Cid de la leyenda, en la línea de lo que poco después sería su monografía sobre *Mio Çid el Campeador*, que más adelante comentaremos: no es el Rodrigo histórico, sino el forjado en la leyenda el que interesa en este análisis, si bien el autor se centra exclusivamente en las narraciones en torno a la muerte y sepultura del personaje, tal como quedaron recogidas en la *Primera Crónica General*, heredera a su vez de la *Leyenda de Cardeña*. Una «historia imaginaria», en fin, elaborada por los monjes de aquel cenobio para hacer de él un «santuario de culto al Cid» que solucionase la crítica situación económica de la abadía a mediados del siglo XIII.

Otro interesante ciclo de conferencias fue organizado en Madrid entre noviembre y diciembre de 1999 por la Fundación Ramón Areces y publicado pocos meses después<sup>6</sup>. El objetivo fue el de conmemorar el centenario de la muerte del Cid, al tiempo que homenajear a Ramón Menéndez Pidal, para lo cual se impartieron siete conferencias que procuraron profundizar en el conocimiento del personaje y de su contexto: L. Suárez Fernández se encargó de glosar el tiempo en el que vivió Rodrigo, cuando «se produce una inserción de España en Europa» en el marco de un mundo en expansión y reforma en el que la «España del Cid» se presenta como «parte de la Cristiandad»; completando esta perspectiva contextualizadora, se abordaron también la situación de «Al-Andalus en el siglo XI» —J. Vallvé—, la de Castilla a través de la figura de Alfonso VI y su significación histórica —J. Valdeón— y la de los núcleos cristianos orienta-

---

<sup>6</sup> *La España del Cid. Ciclo de Conferencias en conmemoración del novecientos aniversario de la muerte de Rodrigo Díaz de Vivar. Homenaje a don Ramón Menéndez Pidal*, Madrid, noviembre-diciembre de 1999, Fundación Menéndez Pidal-Real Academia de la Historia-Fundación Areces, Madrid, 2001.

les mediante el estudio de las relaciones entre el Cid y los condados pirenaicos, especialmente el de Barcelona —S. Claramunt—. Dentro de este esfuerzo por colocar al personaje en su ambiente histórico, J.M. Pérez-Prendes se adentró en el mundo de las «*estructuras jurídicas y comportamientos sociales en el siglo XI*», dos cuestiones básicas «*que pueden percibirse quizá mejor que de ningún otro modo, a través de la perspectiva cidiana*» y que el autor afronta tanto desde el ángulo de la vida privada del Cid —la dote de Jimena— como desde el de su actuación pública —la estructura jurídica de su hueste—. El Cid en su contexto, pero también en Cid en su proyección historiográfica: desde esta perspectiva, D. Catalán, al analizar la «*realidad histórica*» y la «*leyenda en la figura del Cid*», constata que «*la imagen que el personaje Rodrigo Díaz el Cid Campeador proyecta desde la Historia ante sucesivas generaciones de hombres y mujeres que ningún trato tuvieron con él se debe a unos pocos narradores medievales*», contemporáneos o no Rodrigo, cuyas obras y aportaciones a la configuración del personaje se exponen con detenimiento; por último, la aportación de Á. Galmés de Fuentes no es tanto un estudio sobre el Cid o sus contextos, sino un análisis de las relaciones entre el Islam y la Cristiandad en el plano cultural a través de la obra de R. Menéndez Pidal, en especial en *La España del Cid*.

También en 1999, esta vez en el marco de los encuentros interdisciplinarios del *Séminaire d'Études Médiévales Hispaniques*, se celebraron en Alcalá de Henares unas jornadas que habrían de servir «*para suscitar una valoración sobre el modo en que la figura del Campeador se convertía en soporte de múltiples significaciones*», desde una pluralidad de perspectivas<sup>7</sup>. Dado el carácter interdisciplinar de estos encuentros, muchas de las aportaciones se refieren a aspectos estrictamente literarios y lingüísticos de las fuentes que han servido para el estudio de la figura de Rodrigo —por supuesto el *Poema de Mio Cid*, pero también la *Historia Roderici*, el romancero y otras obras posteriores—, cuyo análisis se escapa de nuestros objetivos. Otras, por el contrario, entran de lleno en el análisis del Cid en alguna de sus vertientes, sobre todo en su perfil de personaje literario o legendario.

Así, el estudio del *Poema* sirve para colocar al Cid en una amplia tradición épica —C. Alvar—, para esbozar la evolución del héroe entre la canción de gesta y las crónicas alfonsinas y postalfonsinas —D.G. Pattison—, para abordar diversos temas específicos como la expresión del poder —B. Darbord—, la venganza y la justicia —I. Alfonso—, la

<sup>7</sup> ALVAR, C.; GÓMEZ REDONDO, F. y MARTÍN, G. (eds.): *El Cid: de la materia épica a las crónicas caballerescas. Actas del congreso internacional «IX Centenario de la muerte del Cid», celebrado en Alcalá de Henares los días 19 y 20 de noviembre de 1999*, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Alcalá de Henares, Alcalá de Henares, 2002.

barba como elemento simbólico —J.C. Conde— o la actuación del Cid, en clave antropológica, como «donador» —J.M. Pedrosa—; diversas versiones de la *Estoria de España* alfonsí son la base para estudiar la muerte de Fernando I y el papel otorgado a Rodrigo —M. Lacomba— o la integración del *Poema* en este ciclo historiográfico, con las consiguientes innovaciones sociales que denotan —P. Rochwert—; el conjunto de la obra histórica y jurídica de Alfonso X posibilita analizar un motivo literario clave en el *Poema*, como es el de la ira regia —G. Fournès—; la *Leyenda de Cardeña*, permite escudriñar la formación del culto del Cid en Cardeña —P. Henriet—; las *Mocedades de Rodrigo* ofrecen la oportunidad de realizar una interpretación histórica del Cid que allí se contiene —G. Martín— y, junto a otras piezas literarias postmedievales, analizar el episodio del Cid y el leproso —A. Montaner Frutos—; la materia cidiana en el *Romancero* también es objeto de estudio —A. Gómez Moreno—, así como el tratamiento del personaje en otras obras tardo-medievales o modernas —J.M. Cacho, M<sup>a</sup> J. Lacarra, R. Beltrán, J.M. Lucía Megías—. Por el contrario, pocas son las aportaciones que se acercan al Cid histórico o a su contexto, aunque podría destacarse el análisis jurídico del *riepto* contra Rodrigo de 1089 —J.M. Pérez-Prendes— o el de su investidura caballeresca —J.D. Rodríguez Velasco—.

Entre las conmemoraciones, el Congreso Internacional sobre *El Cid, Poema e Historia*, celebrado en la ciudad de Burgos entre los días 12 y 16 de julio de 1999, fue sin duda uno de los hitos más importantes y ambiciosos. El Congreso, cuyas actas se publicaron en 2000<sup>8</sup>, se propuso, en palabras de sus organizadores, «contribuir a la superación de algunos errores enquistados en la tradición cultural cidiana... en la idea de que la tradición y las convenciones mentales colectivas deben someterse en todo momento al contraste de los datos, hechos e interpretaciones que los científicos consideran más ajustados a la dinámica histórica del tiempo de referencia».

Tal como se expresa en el título del Congreso, el *Poema de Mio Cid* y la «peripecia histórica» de Rodrigo Díaz fueron los dos ejes en torno a los que giraron las ponencias y mesas redondas, de las que finalmente se publicaron treinta y seis aportaciones. Para no desviarnos de nuestro objetivo —dar cuenta únicamente de las novedades de carácter histórico— preferimos no entrar en los trabajos sobre el *Poema* y otras piezas literarias como las glosas, estudios que por otra parte tienen el mayor interés. El examen del personaje mereció un buen número de ponencias plenarias y una mesa redonda, en las que se abordaron aspectos diversos

<sup>8</sup> HERNÁNDEZ ALONSO, César (Coord.): *Actas del Congreso Internacional «El Cid, Poema e Historia» (12-16 de julio, 1999)*, Ayuntamiento de Burgos, Burgos, 2000.

relacionados con las fuentes disponibles para su estudio, con el contexto general en que se desenvuelve su figura y con la trayectoria vital de Rodrigo Díaz.

En relación con las fuentes para el estudio de Rodrigo Díaz, junto al análisis realizado por Diego Catalán sobre la integración de la «historia poética» del Cid en *Estoria de España* alfonsí, y el de C. Hernández sobre la «historicidad del Poema de Mio Cid», cabe destacar de manera muy especial la aportación, particularmente valiosa para el análisis histórico, de M<sup>a</sup> Jesús Viguera sobre las fuentes árabes que ofrecen alguna información sobre el personaje, puesto que incluye referencias de veinte autores y obras que, además de presentar y comentar, la autora traduce, formando una verdadera antología de textos árabes sobre el Cid —véase *infra* apartado 6—.

También se realizó un esfuerzo por ofrecer una reconstrucción, al menos parcial, del escenario histórico en el que vivió Rodrigo, abordando para ello algunos de los contextos «sectoriales» en los que el personaje se desenvolvió, como el de las fortificaciones —L. de Mora Figueroa—, el derecho —E. González Díez— o incluso la música —A. Álvarez Tejedor— del siglo XI.

No obstante, mucho más abundantes fueron las colaboraciones destinadas a esclarecer diversas facetas del Cid histórico, bien realizando aproximaciones generales o interpretaciones globales sobre el «personaje real» contenido en el *Poema* —M. Alvar—, la «semblanza» del Rodrigo «de carne y hueso» —G. Martínez Díez—, su consideración esencial de «buen vasallo» —L. Suárez Fernández— o su presentación como «personaje histórico, personaje literario» —M. González Jiménez—, bien mediante el análisis de parcelas concretas de su realidad histórica y vital, entre las que cabe citar la imagen del Cid en las fuentes árabes —M. Benaboud—, su «talante religioso» —N. López Martínez—, sus relaciones —y la inevitable comparación en términos históricos— con Alfonso VI —A. Gamba—, sus conexiones con el monasterio de Cardeña —M. García Díez—, su patrimonio territorial como miembro de la aristocracia feudal —L. Martínez García—, la batalla de Tévar —A. Montaner Frutos— o su forma de guerrear —F. García Fitz—.

En definitiva, la publicación de estas actas ha venido a ofrecer un amplio elenco de aportaciones muy diversas por su contenido, perspectivas y aún valía científica, pero que en conjunto representan un paso importante para el conocimiento del Cid como personaje histórico.

Además de estas reuniones desarrolladas al amparo de la conmemoración de la muerte del *Campeador*, su figura ha recibido también la atención de los especialistas en «jornadas» inspiradas en otro tipo de motivaciones. En concreto, la Sociedad Estatal España Nuevo Milenio orga-

nizó varias con el fin de analizar «*el perfil e influencia de algunos de nuestros grandes mitos literarios*» —la Celestina, el Lazarillo, Don Quijote, don Juan...— una de las cuales —celebrada en Pontevedra los días 21 y 22 de marzo de 2000— se dedicó específicamente al Cid<sup>9</sup>. En ella se abordaron fundamentalmente temas de carácter literario —el impacto de su figura y de la épica en la Generación del 27 y en la literatura española contemporánea—, aunque hubo también una aproximación a la doble condición de Rodrigo como «*personaje histórico y verdad literaria*». En esta ocasión, E. Portela se encargó de analizar la realidad de Galicia en la época del Cid —con especial atención al fenómeno de redefinición de fronteras que se produce en la zona, en el Miño, entre los tiempos del rey García y los de Alfonso VII y a la participación de los diversos grupos sociales en la crisis de principios del siglo XII—, Julio Valdeón de esbozar el «*contexto histórico*» de los reinos hispanos a mediados del siglo XI —un momento de expansión y de apertura hacia Occidente— y de acercarnos a su biografía, M. Alvar de reconstruir el «*personaje real*», esto es, «*la conducta humana*» y cotidiana que subyace en el héroe literario del *Cantar*, y A. Montaner de estudiar «*el surgimiento del mito literario*», entre la elegía de Alwaqqašī —contemporánea de Rodrigo Díaz— y el *Poema de Mio Cid*.

#### 4. BIOGRAFÍAS

La conmemoración de la muerte del Cid en 1999 no sólo dio lugar a todo tipo de actos como los ya mencionados, sino que también se plasmó en la publicación de biografías históricas sobre el personaje. Entre ellas, tal vez hay que destacar en primer lugar una obra clásica en la bibliografía cidiana —había aparecido por primera vez en 1989— cuya reedición precisamente en 1999 reactivó su conocimiento y difusión. Nos referimos a *El Cid* de Richard Fletcher<sup>10</sup>, una obra de síntesis que marcó un hito y un punto de inflexión respecto a la imagen del Cid ofrecida por la historiografía tradicional española y todavía hoy sigue teniendo un notable interés.

La propuesta de Fletcher es muy conocida y no parece necesaria una presentación por extenso de sus contenidos, pero al menos nos gustaría recordar algunos de los rasgos que convirtieron a esta obra en un punto de referencia clave en la historiografía cidiana. Conviene destacar el es-

<sup>9</sup> SANTOJA, Gonzalo (Coord.): *El Cid. Historia, literatura y leyenda*, Sociedad Estatal España Nuevo Milenio, Madrid, 2001.

<sup>10</sup> FLETCHER, Richard: *El Cid*, ed. Nerea, segunda edición en castellano, Hondarribia, 1999.

fuerzo por insertar al personaje en su contexto peninsular y europeo, en la convicción de que la figura de Rodrigo no es única e irrepetible, sino que representa un ejemplo paradigmático de las actitudes y expectativas de los hombres de su rango dentro de la escena social y política de la España del siglo XI, y un modelo, perfectamente comparable a otros existentes, del modo vida aristocrático de la Europa occidental de aquellos tiempos.

Al contextualizar a Rodrigo, la figura que se dibuja se aleja notablemente de la imagen tradicional del Cid Campeador: frente al héroe nacional, guerrero cristiano abanderado de la reconquista, y vasallo leal, Fletcher opone el escaso sentimiento de nacionalidad, de cruzada o de reconquista que existía en la España del siglo XI, la condición mercenaria del personaje, que no duda en prestar sus servicios militares a los poderes islámicos a cambio de una paga, y su actitud independiente, insubordinada y arrogante frente a Alfonso VI.

Sin duda, el punto de vista de Fletcher sigue resultando válido en muchas de sus apreciaciones, aunque se observa cierto esquematismo en la presentación de algunos episodios y, sobre todo, evidencia una serie de juicios de valor que, al cargar las tintas sobre aspectos particularmente sombríos de la actuación del Cid —por ejemplo, su actitud como «*capitán mercenario a sueldo de los musulmanes*», sin mayores convicciones que su beneficio económico inmediato, o la política («*en la medida en que el término política sirva para denominar lo que él hacía*») «*implacable*», despiadada y «*salvaje*» que aplicó en la Valencia conquistada, impulsada por una incesante demanda de dinero—, descontextualizan al personaje, olvidando quizás que, en esto, el Cid tampoco era un personaje singular sino un hombre de su época.

También en 1999, «*en este noveno centenario de la muerte de Rodrigo*», Gonzalo Martínez Díez se sumó a las conmemoraciones publicando una biografía que ha tenido una amplísima difusión<sup>11</sup> y que se proponía evocar «*la imagen del Campeador a la luz de las fuentes históricas con los claroscuros de un caballero del siglo XI, tan lejos de la cidofobia de Dozy como de la cidofilia del maestro Menéndez Pidal, pero todavía más ajenas a ciertas descalificaciones de nuestros días que sólo proceden del rencor, de la ignorancia y de la incapacidad de comprender cierta clase de valores*» (p. 15).

El objetivo declarado de Martínez Díez no es otro que el de acercar al lector al Rodrigo Díaz «*de carne y hueso*», considerando para ello «*preciso distinguir y separar netamente dos personajes muy diversos: uno es el Rodrigo Díaz, noble castellano y conquistador de Valencia, y otro*

<sup>11</sup> MARTÍNEZ DÍEZ, Gonzalo: *El Cid histórico*, ed. Planeta, Barcelona, 1999.

*el Cid del cantar o de la leyenda, el de la jura de Santa Gadea, el padre de las hijas afrentadas en el robledal de Corpes o el de las cortes de Toledo*» (p. 17). A juicio del autor, «muy poco o nada» tiene que ver el primero con el segundo, el nacido durante el reinado de Fernando I y el «nacido y crecido en la mente y devoción creadora de los juglares», a pesar de los detalles «seudohistóricos» que dan verismo a la creación artística.

El estudio del primero es posible a través de crónicas cristianas o musulmanas coetáneas o escritas poco tiempo después de su muerte —*Carmen Campidoctoris, Poema de la conquista de Almería, Ibn Alqama, Ibn Bassam*—, de un buen número de documentos —el *cartulario cidiano* de Menéndez Pidal— y, sobre todo, de una biografía singular, la *Historia Roderici*. El autor se basa únicamente en estas fuentes, dejando de lado las obras literarias, incluyendo al *PMC* y al Romancero, puesto que no comulga con la supuesta historicidad de la épica española, «*historicidad que no encontramos por ninguna parte*». Su propuesta es clara y definitiva: «*nosotros queremos limitarnos aquí a presentar en estas páginas al Cid de la historia, al hombre de carne y hueso, no al Cid literario, fruto de la inventiva y de la genial creación de juglares y poetas*» (p. 18).

Con esta intención el autor emprende una elaboración exhaustiva y rigurosa de la vida del Cid, en la que lleva a cabo una esmerada reconstrucción de la cronología y prescinde de todos aquellos episodios de su trayectoria que no estén suficientemente fundados en las evidencias más fiables. Para esto último, insistimos, la selección de las fuentes es fundamental, destacando en este sentido el alto valor histórico que se concede a la *Historia Roderici*, que aporta el entramado básico de esta biografía cidiana y de la que se publican —debidamente traducidos— amplios párrafos.

La obra resulta, de esta forma, minuciosamente descriptiva de los avatares vitales del Cid histórico —desde sus ascendentes a la suerte de su viuda, Jimena—, si bien el estrecho apego a las fuentes la hacen en ocasiones poco analítica y algo descontextualizada: a veces se mira tan de cerca al personaje que se pierde de vista su paisaje, su entorno, sus condicionamientos políticos, sociales y materiales, la perspectiva general necesaria en la que la trayectoria, la posición, las actuaciones, los logros y las aspiraciones del Rodrigo Díaz histórico adquieren sentido pleno.

Por otra parte, a lo largo de toda la obra, pero especialmente en el capítulo que, a modo de conclusión, cierra la biografía, el autor esboza una «*semblanza*» del Cid que viene a ofrecer una interpretación global del personaje formada por juicios de valor, interpretaciones y opiniones fundadas, que le permiten trascender los acontecimientos narrados y ofrecer

una evaluación de sus rasgos esenciales y de su significado histórico. De ello derivan varias imágenes de Rodrigo Díaz, entre las cuales nos gustaría destacar las siguientes: en primer lugar, un Campeador caracterizado por su «*genio militar*», cuya inteligencia, astucia y valor le convirtieron en «*guerrero invicto*», un rasgo que resalta todavía más por el hecho de que durante esa misma época los ejércitos cristianos cosecharon continuas derrotas frente a las armas almorávides, contando el Cid con menos recursos humanos y económicos que Alfonso VI.

En segundo lugar, destaca la imagen del Cid como «*ideal del caballero en la lucha contra el Islam*», entendida esta dentro del marco ideológico de la Reconquista: «*Los éxitos de Rodrigo ganando a los moros no una ciudad, sino todo un reino como Valencia, lo convirtieron en el héroe ideal, que todos los caballeros cristianos de los reinos hispánicos del siglo XI hubieran querido ser... Nadie como el infanzón de Vivar supo encarnar en su vida al héroe de la «guerra divinal», en expresión de Sánchez Albornoz, contra el enemigo islámico en la que nacido se había forjado y crecido el reino astur-leonés, y especialmente Castilla, en continua tensión y pugna asumida por todo un pueblo, que comenzó luchando por su supervivencia y continuaba la batalla por la libertad y reconquista de su solar nacional. El Cid era mucho más que el ideal del caballero, era el símbolo, era el héroe en el que todo un pueblo en armas se sentía encarnado*» (p. 433). Ni qué decir tiene que este ideal de caballero se compadece plenamente con el modelo de caballero cristiano, que dona villas a monasterios, invoca a Dios en sus juramentos, reza antes de los combates y pide el favor divino, da gracias a Dios por las victorias, construye iglesias en las villas conquistadas, restaura y dota sedes episcopales. Todo ello le hace aparecer «*como un cristiano profundamente creyente en diversos momentos de su vida*» (p. 448), a quien por otra parte le repugna enfrentarse con otros caballeros cristianos como él (p. 127) y se siente más cómodo operando en territorios musulmanes que enfrentándose a reyes cristianos (p. 140).

En tercer lugar, se subraya su condición de «*vasallo siempre fiel de su rey Alfonso*», su «*fidelidad nunca desmentida a su rey y monarca Alfonso VI, más allá de la razón o de las sinrazones que motivaran la actitud y las medidas tomadas por el rey contra su vasallo*» (p. 433). El autor rechaza de plano que pueda considerarse al Cid como un mercenario que se alquila al mejor postor: cuando sirvió por soldada fue por necesidad, a comienzos de su exilio, y amparado por la propia legalidad castellana que permitía al exiliado buscar señor para «*ganarse el pan*». Pero ni siquiera durante esta etapa al servicio de un poder musulmán cruzó sus armas con su señor. Cuando Alfonso lo necesitó, se puso a su servicio, como ocurrió tras Zalaca, o se ofreció a ello, como en Grana-

da; cuando el rey le atacó en sus intereses valencianos, no respondió contra él, sino contra sus malos consejeros; cuando se hizo con el «principado» de Valencia, consideró que lo tenía de manos del rey.

En cuarto lugar, al analizar su comportamiento político, se resalta la combinación de firmeza, magnanimidad y generosidad hacia sus vasallos y hacia los derrotados, su preferencia por la negociación y la vía pacífica como medio para resolver los conflictos, su habilidad como jurista y su respeto a las normas del derecho. No debe extrañar, pues, que el autor no admita que hubo falacia en el juicio contra Ibn Yahhaf —ajusticiado tras garantizarle su seguridad—, pues la capitulación fue primero incumplida por este; ni crueldad en el trato a los cercados valencianos, pues su comportamiento se inserta en el contexto normal en la guerra de cercos; ni avaricia en sus actos, puesto que todos los cristianos cobraban parias. Sobre estas bases fue capaz de construir un señorío sobre Valencia, desde el cual «cumplió una misión histórica importante en vida: frenar y servir de dique al imperio almorávide que... amenazaba con cubrir el resto de la Península». Sólo su «genio militar y político» podía mantenerlo en pie, lo que es al mismo tiempo indicio de grandeza y de limitación por su fugacidad.

Tal vez resulte paradójico, pero lo cierto es que la semblanza del Rodrigo Díaz «*de carne y hueso*», construida por Gonzalo Martínez sobre la base exclusiva de las fuentes históricas más directas y fidedignas en un esfuerzo consciente por separarlo del Cid literario, acaba asemejándose en sus rasgos generales —no en el detalle de su peripecia vital— al *Mío Cid* del *Poema* y, en consecuencia, al Cid de Menéndez Pidal.

Si el objetivo de la anterior biografía era recuperar al Cid histórico y desgajarlo de sus adherencias literarias o legendarias, un año después aparecía otra obra con pretensiones radicalmente distintas, que aspiraba básicamente a reconstruir el Cid imaginario, el forjado en la literatura, el de los juglares, el de la leyenda. Nos referimos al *Mío Çid* de Salustiano Moreta<sup>12</sup>.

Según confiesa el autor, la obra no pretende ser ni una biografía histórica ni una novela histórica, sino una «*historia con un protagonista imaginario que tuvo una existencia real*». Su propuesta se inserta, pues, en «*la historia de lo imaginario*» y parte de la convicción de que «*la representación imaginaria de las sociedades, o de los sus individuos más sobresalientes, son tan reales como los datos objetivos*», de tal manera que el imaginario histórico forma parte de la realidad histórica: «*los mitos —afirma— poseen historicidad propia*», de ahí su intención de «es-

<sup>12</sup> MORETA VELAYOS, Salustiano: *Mío Çid el Campeador*, ed. Semuret, Zamora, 2000.

*cribir una historia del Cid imaginario como si de una realidad maciza se tratara».*

Para ello, propone un método de trabajo que, según el propio autor, no sigue ningún orden cronológico ni lógico, y que presenta como un «puzzle» o como «un monólogo 'sui generis', bastante personal, con los textos literarios»: «*me limito a leer y a contar, a mi manera, las historias imaginarias e imaginadas en la Edad Media sobre Mio Cid el Campeador*», basándose para ello fundamentalmente en el elenco de fuentes que más contribuyeron a forjar el mito del héroe castellano: el *Poema de Mio Cid*, las *Mocedades del Cid*, el *Romancero* y las crónicas tardías que aparecen trufadas de narraciones legendarias.

Queda claro desde el principio que su propuesta no pretende ofrecer una biografía del Rodrigo Díaz de «carne y hueso», sino un análisis del personaje mítico creado por la sociedad castellana, fundamentalmente la bajomedieval, en el entendimiento de que el mito también cumple una función social. Desde esta perspectiva, el estudiado no es el infanzón de Burgos que vivió en los últimos años del siglo XI ni su entorno social, sino la sociedad que, siglos más tarde y por razones diversas, recrea a un ser imaginario con intenciones más o menos claras.

En esta misma línea el autor ya había publicado poco antes otro estudio sobre «*el héroe de ficción, de la figura creada y transformada mediante la recreación poética de un anónimo autor que en su obra...construyó un símbolo plenamente enraizado en su época y en su sociedad*», un trabajo basado en el análisis del héroe a través del *Cantar de Mio Cid* en el que se pone de manifiesto la conexión entre la figura mítica y poética con las aspiraciones de las oligarquías de los concejos de las Extremaduras, su antagonismo con la alta nobleza y su alianza con la monarquía, en el marco de una sociedad que encontraba en la guerra un mecanismo de ascenso social y enriquecimiento y que comenzaba a justificar el enfrentamiento con sus vecinos musulmanes en términos de cruzada, propias de fines del siglo XII y principios del XIII<sup>13</sup>.

Ahora, la propuesta que se presenta es más compleja y aborda todos aquellos episodios legendarios de la vida que fueron conformándose a partir del siglo XIII y que responden, de forma más o menos directa, a las preocupaciones e intereses de diversos sectores de la sociedad castellana bajomedieval, comenzando por la última peripecia del personaje y de su cadáver —su autoembalsamamiento, su muerte, su victoria tras el fallecimiento, su exposición y sepultura en San Pedro de Cardeña—, todo un cúmulo de circunstancias imaginarias que contribuyeron a crear la

<sup>13</sup> «Y el héroe tascó la hierba», *La Guerra en la Historia. Décimas Jornadas de Estudios Históricos*, Salamanca, 1999, pp. 15-44.

«leyenda de Cardeña» respondiendo no al contexto de la muerte del personaje «histórico», sino a los intereses materiales del monasterio, consciente del impulso propagandístico que podía tener la creación del mito y su conexión con el cenobio, que pasaría a convertirse de esta forma en centro de culto cidiano, en lugar de atracción y peregrinación y, con ello, en beneficiario del movimiento económico que necesariamente habría de generarse en torno a la sepultura del héroe.

A partir de este primer episodio, se va hilando el resto de la historia imaginaria de *Mío Çid Campeador*: su juventud y posible bastardía; la muerte del padre de Jimena, el matrimonio «forzado» y su actitud desafiante frente al rey —un posible eco de la rebeldía de la nobleza bajo-medieval frente a la monarquía, arquetipo mítico de comportamiento rebelde y soberbio cuya actitud reflejaría la situación histórica de los siglos XIV y XV—; el guerrero juvenil arrogante, insolente y excesivo frente al Papa, el Emperador, el duque de Suabia y el rey de Francia en la legendaria campaña europea —interpretado como un alegato contra la alta nobleza que no apoya a su monarca en momentos decisivos en que es humillado por las exigencias de príncipes extranjeros, y a favor del rey y de la baja nobleza y sus posibilidades de promoción e influencia política—; el consejero que asesora a Sancho II; el amor despechado de la infanta Urraca hacia el héroe; la traición de Bellido Dolfos ante los muros de Zamora; la jura de Santa Gadea de Burgos; el Cid como modelo de caballero cristiano en la lucha contra el Islam —conectado con la mentalidad y ambiciones de los caballeros villanos y los infanzones de las milicias extremaduranas de principios del siglo XIII, «convencidos...de que la práctica de la guerra era el camino más rápido y directo para salir de la pobreza, para conseguir tierras, dinero abundante y, por encima de todo, mucha honra y prestigio social» (pp. 229-230) y enfrentados a la alta nobleza cortesana—; las bodas de sus hijas con los infantes de Navarra y Aragón tras el duelo judicial de Carrión.

La trayectoria imaginaria del Cid ofrecida por Moreta se completa con una *Biografía épico-literaria* que incluye una selección de textos literarios ordenados cronológicamente que permiten reconstruir los rasgos más significativos de la trayectoria del Cid legendario, todos ellos procedentes del *Cantar de Mio Cid*, de los *Romances*, de las *Mocedades del Cid*, de la *Crónica de Veinte Reyes*, de la *Primera Crónica General* y de la *Crónica particular del Cid*, entre otras. El resultado final de todo ello es una obra original, no exenta de ironía y de sentido del humor, que viene a desmitificar —y por tanto a explicar— no al Rodrigo Díaz histórico, sino a su propia leyenda.

El Cid histórico de Martínez Díez y el Cid imaginario de Moreta representan dos facetas fundamentales del personaje. Se hacía necesario

presentar una visión conjunta de ambas, un análisis que ciertamente diferenciase una de otra, pero que al mismo tiempo ofreciese una perspectiva integral del Cid, tanto del histórico como del legendario y, más allá de estos, del mítico. Tal es, básicamente, la propuesta de F.J. Peña Pérez<sup>14</sup>: una magnífica combinación de las vicisitudes estrictamente históricas de Rodrigo Díaz, de los rasgos legendarios aportados por la literatura y de la constante recreación y evolución del mito cidiano a lo largo de la historia. El resultado, a nuestro juicio, es una obra imprescindible, un hito fundamental en la bibliografía cidiana, y lo es no porque describa con rigor la trayectoria vital del Cid —que lo hace—, sino porque además, superando la descripción, procede a analizar, reinterpretar y contextualizar de manera ciertamente ejemplar las tres vertientes indicadas: la vida del personaje histórico, la formación de su leyenda y la recurrencia de su mito. En palabras del autor, su intención es la de ofrecer *«una nueva semblanza del héroe de Vivar, apoyada siempre en un trasfondo histórico de riguroso sentido científico... El paisaje histórico de amplia perspectiva, liberado de espejismos y quimeras, será nuestro referente continuo, no ya solo de los pasos históricos de Rodrigo Díaz, sino también de los ambientes en los que prendieron los episodios legendarios y las cristalizaciones míticas de su figura»* (p. 23).

Ciertamente, este último aspecto, el estudio del mito cidiano y de su reactivación medieval y postmedieval en función de los más variados intereses, resulta una de las cuestiones más originales. Para ello el autor parte del convencimiento de que las leyendas o mitos no son *«falsas historias —o historias falsas—, cuya evocación amable puede servir para dejar constancia de la ingenuidad cultural de nuestros antepasados»*, sino que son falsas historias —o historias falsas— que *«se elaboran y difunden para que sean recibidas y asimiladas como historia verdadera y cierta, lo que, de entrada, los despoja de toda ingenuidad originaria y los convierte, de paso, en objetivo analítico de primera mano para el estudio de las condiciones ambientales —históricas— en que tales infundios se convierten en arquetipos explicativos del pasado individual o colectivo»* (p. 23).

A la hora de abordar aquella triple dimensión del personaje, el autor comienza por el análisis del Cid histórico: rechazando expresamente el *Poema de Mío Cid* como fuente histórica y basándose únicamente en las más solventes —algunos documentos del *Cartulario cidiano* recopilado por Menéndez Pidal, la *Historia Roderici* y el *Carmen Campidoctoris* entre las obras cristianas, y las obras de Ibn Alqama e Ibn Bassam entre las islámicas—, dedica a esta tarea los primeros seis capítulos de su obra. Al margen de la reconstrucción rigurosa de la trayectoria de Rodrigo Díaz,

<sup>14</sup> PEÑA PÉREZ, F. Javier: *El Cid. Historia, Leyenda y Mito*, ed. Dosssoles, Burgos, 2000.

desde sus ascendentes y primeros años hasta su muerte en Valencia, en esta primera parte destacan claramente dos propuestas realmente ricas y renovadoras: el esfuerzo por colocar al individuo en su contexto y la reinterpretación de las relaciones entre el Cid y Alfonso VI.

En relación con la primera de estas propuestas, el autor parte de la necesidad de contextualizar al personaje, en el convencimiento de que *«ninguna persona individual tiene sentido al margen del paisaje y las circunstancias que dan sentido al ritmo histórico general en que se desenvuelve su existencia»*, algo a lo que obviamente no escapa el Cid (p. 35). El marco general no es otro que el cambio de tendencia histórica que se produce en el siglo XI peninsular, en el que se pasa del predominio islámico al cristiano.

De una forma no demasiado extensa, pero clara y concluyente en muchos sentidos, el autor marca las claves de aquella inflexión: la disgregación del califato cordobés y la aparición de los reinos taifas; la eclosión de la sociedad cristiana norteña favorecida por el régimen de parias, en cuyos entresijos adquieren pleno sentido las actuaciones del Cid histórico, considerado como un *«oportunista que sabe aprovechar las ventajas coyunturales... para labrarse un destino personal privilegiado»* mediante la búsqueda directa —sin intermediarios— de beneficios económicos; el reforzamiento de los mecanismos de defensa de los cristianos tras las presiones islámicas del siglo X —profesionalización de las actividades guerreras, creación de redes vasalláticas, consenso entre monarquía y nobleza, feudalización de la sociedad, a lo que se suma la influencia transpirenaica que convierte a la Península en la vanguardia de la sociedad europea cristiana, rural y feudal, frente a la España islámica, urbana, tributaria y mercantil— y el consiguiente aumento de la agresividad hacia el sur a mediados del siglo XI; la ordenación social de la aristocracia castellano-leonesa, con sus tensiones internas, sus oportunidades de crecimiento socioeconómico y su alianza con la monarquía; la expansión territorial del reino, materializada en la conquista de Toledo, entendida como la reproducción en el sur Duero del modelo de organización social del norte, interpretado como mecanismo de control —más seguro que las parias y el botín— de las rentas pagadas por los campesinos; la llegada de los almorávides y el cambio radical de escenario político-militar en al-Andalus; el panorama omnipresente de la guerra y la cotidianeidad de los conflictos. Es en este entrecruzamiento de circunstancias políticas, sociales y económicas en el que Cid se desenvuelve y en el que su figura deja de ser un actor aislado para convertirse en un personaje histórico.

Al abordar las relaciones entre el Cid y Alfonso VI, el autor parte de un análisis crítico de la «cidofilia» de Menéndez Pidal y de su visión peyorativa de la imagen del monarca castellano-leonés, para proponer una

interpretación completamente distinta, en la que se presenta a un rey creador de un «*proyecto auténticamente revolucionario*» (p. 203) que combina planteamientos colonizadores y repobladores —integración de las Extremaduras—, comerciales —Camino de Santiago—, económicos —sistema monetario—, religiosos —organización de la red diocesana, implantación del monacato cluniacense—, sociales —adhesión de la aristocracia territorial y las elites urbanas al proyecto— y bélicos —guerra expansiva, conquista de Toledo—, frente a un Cid considerado como mero beneficiario de la guerra, ajeno a los proyectos transformadores del monarca, sin planes para hacer efectivo el modelo de organización cristiano-feudal, un príncipe cristiano, pero no feudal, que tiene un «*perfil nítido del líder parasitario y conservador*» al pretender extender en el tiempo el régimen de parias. El Cid no representa ni al «imperialismo castellano» ni a la sociedad feudal, sino que actúa al margen de ambas tendencias: se aprovecha de su expansión, pero no implanta su modelo allí donde triunfa, sino que mantiene la concepción islámica del poder por su grado de autocracia y centralización, y por su organización militar —acuartelada y asoldada—. En esta comparación, incluso la figura del héroe invicto se desvanece en una perspectiva amplia: no perdió ninguna batalla, pero tampoco ganó ninguna guerra, pues a la postre su señorío sobre Valencia no le sobrevivió. Por contra, Alfonso VI perdió muchas batallas, pero ganó la guerra: se anexionó Toledo, reestructurada bajo pautas feudales.

Por otra parte, frente a la imagen, consagrada por la mitología cidiana, del Cid como buen vasallo, poseedor de una fidelidad «a ultranza y a contracorriente», se analizan aquí sus actuaciones históricas frente a Alfonso VI, comprobando que, al contrario que otros vasallos leales del rey de Castilla, Rodrigo «*se permitía el lujo de aventurarse en empresas individualistas de dudosa utilidad para la defensa o consolidación de su reino de referencia: Castilla*» (p. 208). Como afirma el tópico, el Cid no se enfrentó a su rey, pero tampoco parece que le ayudase excesivamente en sus proyectos político-militares y, en alguna ocasión, cuando los planes del rey pusieron en peligro las aspiraciones de su vasallo, este no dudó en atacar sus tierras.

Así pues, el autor propone «*revisar y matizar*» la imagen de «buen vasallo», deslindando el contenido histórico de la proyección poética que se hace del valor de la fidelidad en el *PMC* (p. 209): se le acepta como un «buen vasallo de criazón» junto a Sancho II y durante los primeros nueve años del reinado de Alfonso VI, y como «vasallo a soldada» al servicio del rey de Zaragoza y, después —entre el primer y el segundo destierro— de Alfonso VI. A partir de entonces la figura del Cid como vasallo no se atiene a ningún modelo, pues actúa «por su cuenta y riesgo». El autor concluye que no hay nada que permita pensar que fue un

buen vasallo, pues se hizo acreedor de dos destierros que no puede demostrarse que fueran injustos, se desentendió de los asuntos internos de su reino de origen, rehusó la repatriación, desairó a su rey y, durante la mitad de su vida, no tuvo otro horizonte que su beneficio personal.

Ello no significa, avisa el autor, que pueda ser calificado como «mercenario», tal como propone la historiografía más crítica con el personaje, puesto que el sesgo denigratorio de tal concepto puede dar pie a *«nuevas tergiversaciones de la figura histórica del Campeador, de efectos igualmente perversos para el conocimiento histórico»* (p. 211). Rodrigo lucha por dinero, pero elige sus campos de actuación en función de criterios políticos —no interferencia en las «áreas de influencia» castellana— y no meramente económicos; en Zaragoza es «vasallo a soldada»; en Valencia no está al servicio de nadie. Por otra parte, servir a otros poderes musulmanes es una práctica habitual entre los cristianos del norte, correcta desde el punto de vista jurídico, integrada dentro del «servicio cobrado» propio de la estructura feudovasallática. En conclusión, ni buen vasallo ni «sórdido mercenario»: simplemente, un vasallo a soldada que actúa dentro del marco habitual de su época.

Una vez contextualizada, trazada, interpretada y evaluada la figura del Cid histórico, F.J. Peña Pérez dedica los tres últimos capítulos a analizar al Rodrigo legendario y mítico. El autor parte de la premisa de que leyenda y mito *«suelen ir de la mano en la configuración de arquetipos humanos ideados para explicar el origen de los anhelos y frustraciones individuales o colectivos o para polarizar la supuesta personalidad colectiva de los pueblos»*. Para este proceso se arranca de un personaje histórico, se rellena su biografía con «actuaciones espectaculares» que conciten atención y simpatía y, después, se funde la persona y el personaje para crear un agente único, *«instancia reveladora de los conflictos humanos o depositaria de todas las virtudes»*. En estos procesos, concluye el autor, *«la mixtificación entre historia y leyenda no es inexpressiva o inocente; siempre delata algún cambio cultural o encubre algún proyecto aglutinador de la mentalidad colectiva»* (p. 219)

La leyenda cidiana comienza su andadura en la poesía épica juglaresca a mediados del siglo XII, se incorpora más tarde a la crónica alfonsí y postalfonsí y se agiganta con las *Mocedades de Rodrigo*. Estas obras contienen el elenco íntegro de episodios legendarios del Cid, sin duda los más conocidos hasta nuestros días, y son las que forjaron la definitiva confusión entre el Cid histórico y el legendario.

A partir de la leyenda, se forja el mito, el héroe arquetípico: en la *PMC*, frente a la amenaza almohade tras la derrota de Alarcos, cristaliza el paradigma del guerrero ideal que aquel presente requería, esto es, castellanista, cristiano militante y leal a su rey. El *PMC* aparece, así, como

un «*manual de reconocimiento de la autoridad regia y de buena conducta para la aristocracia*», una «*representación novelada del conjunto de principios y valores que debían presidir la actuación pública del conjunto de la aristocracia —rey y nobleza, señor y vasallo— en la defensa del reino*» (p. 230).

Este arquetipo se enriquece con el paso del tiempo, especialmente con la *Leyenda de Cardeña*, que convierte al personaje en un mito «religioso-social», que sirve de «antídoto» contra la tentación tiránica del soberano —como demuestra el acto de la jura de Santa Gadea— y, al mismo tiempo, como referente de continuidad social: al obligar a jurar al rey y sufrir el destierro, el Cid se convierte en conciencia social y guardián del bien común, pasando a representar el «*mito del cambio social, pero del cambio social asumible, no revolucionario*» (p. 233), al actuar como garante de la continuidad del ejercicio de la autoridad, pero del ejercicio correcto de la misma. Las *Mocedades* no hacen sino sobredimensionar este modelo, lo que se interpreta como la respuesta a la crisis de autoridad del siglo XIV.

En siglos posteriores se observa la continuidad del mismo mensaje: en el programa iconográfico realizado por las autoridades burgalesas en la Puerta de Santa María tras la Guerra de las Comunidades, en el perfecto cortesano que necesitaban los Austrias en la obra de Guillén de Castro, en el tratamiento que le dan los monjes de Cardeña en el XVII, en la utilización que de su figura hacen los invasores franceses —como «*bálsamo tranquilizante*» para la población, en un esfuerzo por convencerles de la continuidad política— o las autoridades franquistas —otro intento de proponer continuidad y restañar heridas, haciendo del héroe el crisol de los valores presuntamente castellanos que se identifican plenamente con lo español, de manera que el castellanismo españolista del Cid se transforma en sustrato ideológico del programa político franquista de carácter unitarista, en «*guardián intimidador de la identidad y unidad de la Patria*» (p. 241)—.

A la vez que como mito social, el Cid se consolida como mito religioso, próximo a la santidad. Aunque lo que sabemos de las prácticas religiosas del Cid no lo hacen diferente de sus semejantes —actúa en este terreno de acuerdo con las convenciones religiosas de su época y clase, sin ninguna particularidad, mostrando hacia el Islam un tolerancia obligada— en el *PMC*, por el contrario, se presenta ya como un caballero cristiano que lucha contra el musulmán, en una trasposición al Cid histórico de la figura del cruzado. En la *Leyenda de Cardeña* se da un paso más y se lleva a cabo una «monacalización» de la figura del Cid y una aproximación a la santidad. Un siglo más tarde, las *Mocedades* adecuan el mito religioso a la nueva religiosidad de la época, presentándolo

como modelo de peregrino y hombre caritativo, símbolo de la nueva religiosidad popular. Guillén de Castro, a principios del XVII hace una recreación del mito religioso desde la perspectiva de la Contrarreforma, y todavía en el siglo XX, al trasladarse su cuerpo a la catedral de Burgos, seguía presentándose como el «*paradigma del buen cristiano*».

El mito cidiano ha encontrado a lo largo de la historia dos «nichos» especialmente propicios: la ciudad de Burgos y el monasterio de Cardeña, dos ámbitos que han quedado definitivamente identificados con la figura del Cid. Sin embargo, en dos interesantes capítulos, el autor demuestra la relación episódica, o en todo caso bastante ordinaria, que el Rodrigo Díaz histórico mantuvo tanto con la ciudad como con el cenobio, y analiza detenidamente el proceso de identificación, no exento de aprovechamiento político y aún económico, tal como se ha ido forjando desde la Edad Media hasta el siglo XX.

En definitiva, historia, leyenda y mito, hábilmente ensamblados, hacen del Cid de Peña Pérez un personaje comprensible en su dimensión real y en su dimensión imaginaria. La obra se convierte, de esta forma, en un punto de referencia inexcusable por su rigor y por su novedosa y valiente propuesta interpretativa, que por otra parte no rehuye la polémica. No sabemos si en el futuro sus puntos de vista recibirán alguna respuesta, pero desde luego apuestas como estas son las que hacen avanzar el conocimiento histórico.

Aunque *El Cid* de Geraldine McCaughrean y Alberto Montaner es, sobre todo, una adaptación y recreación del *Poema de Mío Cid*<sup>15</sup> que pretende servir a lectores noveles como fórmula de iniciación en el mundo de las obras clásicas, incluye también una breve biografía del personaje histórico y una aproximación a la formación del mito literario a través de las crónicas latinas y árabes, que se prolonga en el tiempo a través de los cantares de gesta, las historiografía bajomedieval, el teatro del siglo de Oro y el romanticismo, hasta nuestros días.

Junto a las ya comentadas, en el año 1999 se publicó otra obra sobre el Cid, esta vez de carácter divulgativo y dirigida especialmente a los escolares y a un público muy general, que además de editar una selección de romances de los siglos XVI y XVII realizada por Joaquín Díaz, incluye un acercamiento al personaje histórico y literario a cargo de Julio Valdeón, quien presenta una síntesis de la trayectoria vital del personaje, adornado con las virtudes de la fidelidad y la lealtad, y con la capacidad de trabajo y espíritu de sacrificio como rasgos más sobresalientes<sup>16</sup>.

---

<sup>15</sup> MCCAUGHREAN, Geraldine y MONTANER, Alberto: *El Cid*, ed. Vicens Vives, Barcelona, 2000.

<sup>16</sup> VALDEÓN, Julio y DÍAZ, Joaquín: *Recordando al Cid*, Valladolid, 1999.

Por su propia naturaleza literaria, no podemos incluir en esta reseña a la novela histórica que, centrada en el personaje de Rodrigo, publicó José Luis Corral en 2000<sup>17</sup>. No obstante, dada la cercanía y fidelidad de toda la trama de esta obra a la historia del Cid «real», podemos al menos mencionarla para indicar que bien puede tenerse por una auténtica «biografía novelada» basada en las fuentes más fiables, en una bibliografía abundante y en el conocimiento del contexto histórico general que posee el autor. Seguramente se podría aducir, en contra de la anterior afirmación, que Corral utiliza el *Poema* como fuente histórica, lo que en ocasiones le lleva a presentar al personaje con unos perfiles más propios del Cid literario que del histórico —por ejemplo cierto «patriotismo» castellanista, su condición de infanzón enfrentado a la alta nobleza, la imagen poco valorada de Alfonso VI o la introducción de compañeros de viaje que sólo aparecen en el cantar de gesta—, pero no podemos olvidar que el autor —especialmente en sus trabajos históricos, algunos de los cuales hemos comentado en páginas anteriores— otorga al *Poema* un alto grado de veracidad e historicidad, al menos en determinados puntos. Independientemente de esto último, lo cierto es que esta «biografía novelada» tiene la virtud de retratar a un personaje y un mundo muy ajustados a la realidad histórica de la Península Ibérica a finales del siglo XI.

## 5. OTROS ESTUDIOS CIDIANOS

Junto a las grandes biografías que hemos analizado, en los últimos años se han publicado algunas aportaciones que no se atienen exactamente al género biográfico, pero que, desde puntos de vista distintos, tienen como centro de interés a algún aspecto significativo de la biografía del Cid, de su actuación o de las fuentes para su estudio.

Es el caso del libro de A. Montaner Frutos sobre la presencia de Rodrigo Díaz en Aragón<sup>18</sup>, una breve síntesis que acerca al gran público a las vicisitudes del Cid por tierras aragonesas desde tres puntos de vista: en primer lugar, tomando como base las fuentes históricas más fidedignas —*Carmen Campidoctoris* e *Historia Roderici* principalmente—, se presentan los principales episodios del Cid «real» por aquellos territorios, desde la batalla de Graus hasta la batalla de Tévar, pasando por supuesto por to-

<sup>17</sup> CORRAL, José Luis: *El Cid*, ed. Edhasa, Barcelona, 2000. Cuatro años antes de esta publicación el autor ya había hecho intervenir al Cid en la trama de otra novela histórica, *El Salón Dorado*, ed. Edhasa, Barcelona, 1996.

<sup>18</sup> MONTANER FRUTOS, Alberto: *El Cid en Aragón*, ed. Caja de Ahorros de la Inmaculada, Zaragoza, 1999.

dos los acontecimientos en los que vio envuelto durante su estancia al servicio del taifa zaragozano; en segundo lugar, partiendo del análisis del *Poema de Mio Cid*, se aborda la huella del «Cid épico» y de sus actividades en los valles del Jalón y del Jiloca, especialmente la conquista de Alcocer, la batalla contra Fáriz y Galve, la campaña de Daroca y Teruel, y la batalla de Tévar; en tercer lugar, se adentra en los episodios legendarios o «relatos fabulados» surgidos en aquellas tierras en torno a la figura del Cid, que nada tienen que ver ni con el personaje histórico ni con el literario, pero que sirven para manifestar el grado de identificación o el interés por identificarse con Rodrigo Díaz de determinadas comarcas, localidades o centros monásticos.

De distinta naturaleza y entidad es la monografía que M.C. Torre ha dedicado al análisis de varios «señores de la guerra» entre quienes se encuentra, lógicamente, Rodrigo Díaz<sup>19</sup>. La autora se propone estudiar la figura del Cid como encarnación de un ideal de grupo aristocrático, «arquetipo resumen de valores y compendio de virtudes», reflejo de una «mentalidad nobiliaria colectiva que necesitaba de un modelo aceptado que sirviera a manera de espejo reconfortante ofreciendo una imagen forjada a través del honor, el valor y la lealtad, recompensada con la fama (pp. 17-18), arquetipo que, por otra parte, «obedece a los mismos parámetros de comportamiento que encauza el destino de algunos de los notables de la curia». Por esta última razón, no puede considerarse a Rodrigo Díaz, «que encarna mejor que ningún otro la suma de excelsas virtudes idealizadas por los milites medievales como un ser único, original» (p. 19), y para demostrar esta aseveración la obra aborda, junto a la del propio Rodrigo, «otras dos reconstrucciones prosopográficas» complementarias del *cursus honorum* del Cid: la de García Gómez, conde de Saldaña y la de Pedro González de Lara.

En este estudio, la guerra se entiende como «el eje fundamental sobre el que pivota su misma existencia [la de los caballeros] como elite social, política y militar» (p. 21), y como «auténtico laboratorio socio-antropológico» (p. 208) que dará lugar a la aparición de verdaderos prototipos sociales que adquieren fama, prestigio y posición a través de ella, de ahí que antes de analizar los tres trayectos vitales de los protagonistas citados se ofrezca un capítulo centrado en el análisis de «la cotidianidad de la guerra», en el que pasa revista a la frontera —como marco de enfrentamiento bélico, pero también punto de encuentro y conexión de gentes que hicieron de su vida en el *limes* una forma específica y particular de existencia—, a la formación y posición social de la aristo-

<sup>19</sup> TORRE SEVILLA-QUINONES DE LEÓN, Margarita C.: *El Cid y otros señores de la guerra*, ed. Universidad de León, León, 2000.

cracia, entendida como «*señores de la guerra*», al armamento ofensivo y defensivo, a la figura del caudillo y a las formas de guerrear.

Tras ello, se dedican los tres capítulos siguientes a cada una de las figuras citadas, completando un panorama de la elite sociomilitar de los siglos X al XII: García Gómez, como modelo de «*señor de la frontera*», jefe del más poderoso clan nobiliar de fines del siglo X, rebelde contra Vermudo II, aliado o enemigo de los musulmanes según el momento, «*rey sin corona*» sobre un vasto territorio, guerrero prestigioso que pasó buena parte de su vida al margen de la corte leonesa; el Cid, el «*señor de la guerra*», arquetipo de caudillo militar para quien aquella se convierte en medio de vida y en camino para alcanzar sus aspiraciones; Pedro González de Lara, «*el cruzado*», personaje encumbrado en la corte de Alfonso VI y Urraca, pero rebelde frente a Alfonso VII, lo que acarrearía su separación de la corte.

En todos los casos el análisis se centra sobre tres aspectos relevantes: el contexto político en que tiene lugar su trayectoria vital, sus orígenes familiares y el *cursus honorum* de cada uno. Las diferencias entre los contextos históricos en que tuvieron que desenvolverse fueron notables, desde aquel en que el predominio político y militar del al-Andalus amirí es absoluto frente a un «imperio leonés» internamente desestabilizado, hasta aquel otro en que la España islámica, tras la invasión almorávide, arrinconaba de nuevo a los reinos cristianos del norte, pasando por el intermedio en el que se asistió a la crisis del califato, la aparición de los reinos taifas y el comienzo de la expansión militar norteña.

Sus orígenes y redes familiares también difieren, aunque no en lo sustancial: mientras que García Gómez y de Pedro de Lara son miembros muy destacados de la alta nobleza leonesa y castellana, el Cid pertenece a una línea menor de una casa aristocrática importante —no es, por tanto, un infanzón procedente de la baja nobleza—, aunque la diferencia de fortuna y de posición inicial no puede hacer olvidar que los tres pertenecían a la misma elite social y militar.

Por último, sus trayectorias vitales presentan indudables similitudes: los tres fueron «hombres de armas», caudillos militares y guerreros prestigiosos; en los tres, la guerra es algo más que una dedicación, es una forma de vida y una vía para realizar sus ambiciones; los tres se enfrentaron en algún momento de su vida con sus soberanos, lo que les llevó al exilio o al apartamiento de los centros políticos, y sus carreras militares y políticas fluctuaron, en aquel mundo fronterizo, entre el servicio a los señores cristianos, el servicio a sus señores musulmanes y el servicio a sus propios intereses.

En conclusión, la obra es una seria y muy atractiva propuesta para integrar al Cid histórico en un contexto específicamente hispánico, adoptando para ello una perspectiva privilegiada —la de la guerra como motor social—

que permite aproximarse y comprender no sólo a Rodrigo Díaz, sino también la sociedad peninsular cristiana de los siglos plenomedievales.

Muy recientemente, Diego Catalán ha publicado una recopilación de trabajos —siete artículos más dos apéndices—, publicados por el autor en lugares muy diversos entre 1961 y 2001, que tienen como eje central a la figura del Cid, a su mundo y, especialmente, a las fuentes para su estudio<sup>20</sup>. Aunque dos de los textos seleccionados fueron redactados por el autor expresamente para conmemorar, en actos distintos —ya comentados previamente—, el noveno centenario de la muerte de Rodrigo Díaz, lo cierto es que la mayoría de las aportaciones son anteriores a 1999, si bien en muchas ocasiones están debidamente actualizadas. La obra tiene la gran ventaja de ofrecer a los estudiosos de la cuestión cidiana, tanto en su vertiente histórica como en la literaria, la posibilidad de disponer, reunidos en un volumen, las aportaciones del maestro Diego Catalán sobre estas materias, algo que siempre resulta útil y cómodo, así como muy de agradecer.

A lo largo de estos nueve trabajos, el autor tiene la oportunidad de analizar y de reflexionar sobre cuestiones que son centrales para el conocimiento del Cid y de la transmisión de su imagen y de su recuerdo a través de la literatura poética e histórica, tales como la forja de su historia y de su leyenda en la producción historiográfica, en la épica y en el romancero —«Realidad histórica y leyenda en la figura del Cid»—, las circunstancias históricas, políticas y sociales que subyacen en el *Poema* —«El «Mío Cid» y su intencionalidad histórica»—, la diversa integración de este en la *Estoria de España* alfonsí —«El «Mío Cid» de Alfonso X y el del Pseudo Ibn al-Farái»—, la incorporación a la *Crónica de Castilla* de «biografías» cidianas de carácter novelesco y juglaresco que ilustran sus años de juventud —«Rodrigo en la *Crónica de Castilla*. Monarquía aristocrática y manipulación de las fuentes por la historia»— o la utilización, por parte de la «historia nacional» de Alfonso X, de las fuentes literarias que aportan datos sobre el personaje, desde el *Poema de Mío Cid* a la *Estoria caradignense del Cid*, pasando por el poema de *Las particiones del rey Fernando* y las *Mocedades de Rodrigo* —«La Historia Nacional ante el Cid»—. Los apéndices sobre las fechas en que se escribieron la *Historia Roderici* y la *Crónica Najerense* son también valiosos para la evaluación de la historiografía cidiana.

De difícil clasificación resulta el opúsculo, publicado originalmente en 1943 pero reeditado en 2000, que José Trilles y Graiño dedicó al Cid<sup>21</sup>.

<sup>20</sup> CATALÁN, Diego: *El Cid en la Historia y sus inventores*, Fundación Ramón Menéndez Pidal, Madrid, 2002.

<sup>21</sup> TRELLES Y GRAIÑO, J.: *El Cid en Oviedo. Su ascendencia cántabro-astur*, Arpa Editorial, Oviedo, 2000.

Ciertamente, la obra pretende ser una breve biografía del personaje, pero viene precedida por una exposición de su ascendencia genealógica que le lleva a entroncar a Rodrigo Díaz con Lupo, «*duque de los cántabros por el tiempo del nacimiento de Jesucristo*», genealogía que a su vez se enmarca en una sinopsis de la historia de España que se remonta a las primeras poblaciones fundadas por los nietos de Noé. Ciertamente la obra, de marcado sesgo racista muy propio de la época, no aporta nada al conocimiento del Cid, pero no deja de ser un ejemplo paradigmático de un tipo de historia frente al cual la obra cidiana de Menéndez Pidal, publicada una década y media antes, resulta verdadera gigantesca.

En absoluto son estas las únicas obras que, entre 1999 y 2002, se han publicado en torno a alguna faceta relacionada con el Cid, pero desgraciadamente no siempre su localización nos ha resultado posible. Se trata de obras que, a tenor de sus títulos, también parecen adentrarse en ciertas vertientes de la figura del Cid, aunque cualquier juicio sobre sus contenidos resulta, obviamente, aventurado<sup>22</sup>.

## 6. FUENTES

En estos últimos años, y también en conexión con las conmemoraciones en torno al noveno centenario de la muerte del Cid, se han editado, traducido y puesto a disposición del público y de los estudiosos algunas fuentes, que resultan especialmente valiosas para el conocimiento del Rodrigo Díaz histórico.

En anteriores páginas ya hemos tenido ocasión de mencionar la traducción de algunos textos árabes sobre el Cid. Por ejemplo, en el citado *Curso Monográfico sobre El Cid histórico y el Cid en la Leyenda* celebrado en El Burgo de Osma, J. Ramírez del Río publicó varios fragmentos de fuentes árabes centrados en la figura de Rodrigo, destacando los procedentes de la *Crónica de los reyes de taifas* —a partir de la traducción de F. Maíllo Salgado en Akal-, del *Bayān al-Mugrib* de Ibn 'Idārī —a partir de la traducción de Lévi-Provençal en *Al-Andalus*, XIII, 1948— y de *Al-Dajira* de Ibn Bassām —en traducción del propio autor—<sup>23</sup>.

<sup>22</sup> Por ejemplo, BARTOLOMÉ REGALADO, Alba: *Doña Urraca: «Y cuando el Cid fue hecho caballero aquí, en Zamora»*, Zamora, 2000 y LLORÉNS CASANI, M.; ANTUÑA LLORÉNS, S. y ANTUÑA LLORÉNS, A.: *Rodrigo Díaz de Vivar, «El Cid», ascendiente de Nicolás II, último rey de Rusia*, Jaén, 1999.

<sup>23</sup> RAMÍREZ DEL RÍO, J.: «El Cid en las fuentes árabes. Leyendas andalusíes en el Ciclo del Cid», *El Cid histórico y el Cid en la Leyenda. XII Curso Universitario de Verano de la Universidad de Santa Catalina (1550-1841) de El Burgo de Osma, verano de 1999*, pp. 129-165. De este mismo autor véase *La «Leyenda de Cardeña» y la épica de al-Andalus: la victoria póstuma del Cid*, Sevilla, 2001.

También hemos indicado en párrafos precedentes que M<sup>a</sup> Jesús Viguera aprovechó su participación en el congreso internacional de Burgos sobre *El Cid, Poema e Historia* para presentar, comentar y traducir una veintena de fragmentos árabes que componen una verdadera y muy meritoria antología de textos musulmanes sobre la figura de Rodrigo Díaz<sup>24</sup>. Todas o casi todas las fuentes islámicas que ofrecen datos sobre el personaje, desde las más cercanas y contemporáneas —como las *Memorias* de Abd Allāh o *Al-Dajira* de Ibn Bassām—, hasta las más tardías —como el *Bayān al-Mugrib* de Ibn 'Idārī, el *Amāl* de Ibn al-Jatīb o el *Nafh* de al Maqqarī—, pasando por un buen número de referencias más o menos amplias y más o menos directas, han encontrado un hueco en esta antología imprescindible para el conocimiento del Cid histórico.

En 1999 vio la luz una nueva edición de la fuente que, sin duda, ofrece las informaciones más verídicas, cercanas y amplias —a pesar de que no ocupa toda su trayectoria vital— sobre el Rodrigo «real»: la *Historia Roderici*<sup>25</sup>. Se trata de una propuesta muy completa, puesto que aunque esta obra conoce desde tiempo atrás otras ediciones y traducciones, hasta ahora no se había ofrecido en una misma publicación su transcripción —a partir del ms. 9/4922 de la Academia de la Historia—, traducción española y edición facsímil del citado manuscrito. El trabajo se completa, además, con un estudio de G. Martínez Díez sobre el autor y la obra —ediciones, título, fecha de composición, autoría y estructura—, y otro de J.M. Ruiz Asencio e I. Ruiz Albi, que también son los responsables de la transcripción y traducción, sobre los códices y manuscritos conservados.

También con motivo del IX centenario de la muerte del Campeador se editó en Burgos una edición facsímil de la carta de arras del Cid y Jimena, en la que se recrea el documento original conservado en el Archivo de la Catedral de Burgos, así como de las hojas de transcripción y notas del siglo XVIII que lo acompañan<sup>26</sup>. El facsímil se completa con un volumen de estudios a cargo de Manuel Alvar, Gonzalo Martínez Díez y Francisco Javier Peña Pérez, e incluye una transcripción actual realizada por Manuel Zabala Duque.

Igualmente, el lector de habla inglesa se ha beneficiado de la publicación y traducción de una selección de fuentes sobre el Cid y la Reconquista, de la mano de Simon Barton y Richard Fletcher<sup>27</sup>.

<sup>24</sup> VIGUERA MOLINS, M<sup>a</sup>J.: «El Cid en las fuentes árabes», *Actas del Congreso Internacional «El Cid, Poema e Historia» (12-16 de julio, 1999)*, pp. 55-92.

<sup>25</sup> *Historia Latina de Rodrigo Díaz de Vivar. Edición facsímil del manuscrito 9/4922 (olim A-189) de la Biblioteca de la Real Academia de la Historia*, G. Martínez Díez, J.M. Ruiz Asencio e I. Ruiz Albi (estudios), Excmo. Ayuntamiento de Burgos, Burgos, 1999.

<sup>26</sup> *Carta de arras del Cid y Doña Jimena (siglo XI)*, Burgos, 1999.

<sup>27</sup> BARTON, Simon y FLETCHER, Richard: *The World of El Cid: chronicles of the Spanish Reconquest. Selected sources, translated and annotated by...*, Manchester-Nueva York, 2000.

En alguna ocasión los historiadores han lamentado que el interés de las instituciones públicas y privadas por los asuntos históricos se mueva a golpe de conmemoración de fechas emblemáticas, se rija por criterios políticos y se articule a base de grandes fastos que tienen más repercusión «mediática» que rigor científico, lo que contrasta con el sistematismo continuado que requiere la investigación. Siendo ello cierto, no puede negarse que la celebración de determinadas efemérides acarrearán, al menos en ocasiones, beneficios incuestionables para el avance del conocimiento histórico. Creemos que este es el caso de muchos de los trabajos publicados con motivo del noveno centenario de la muerte del Cid en 1999 o aprovechando directa o indirectamente su estela durante los tres años siguientes.

De todo lo aportado, tal vez lo fundamental haya sido el deslinde entre el Cid histórico y el literario o legendario. Ciertamente, la definitiva separación entre uno y otro sigue teniendo algunas franjas confusas, algo a lo que no es ajena la discusión, todavía no cerrada, en torno a la historicidad del *Poema de Mío Cid*. No obstante, hay que reconocer que a estas alturas, el Rodrigo Díaz «real» tiene una biografía cuyos perfiles son más nítidos y precisos que los que tenía hasta finales de la década de los noventa. Ello quiere decir, por supuesto, que su trayectoria vital es mejor conocida pero, sobre todo, que el personaje se ha insertado en su contexto político, social y económico, se ha «socializado», se ha «humanizado», se ha desmitificado. Y precisamente como consecuencia de este mismo proceso nos topamos con otro Cid, el «imaginario», el legendario, el mítico, cuyos rasgos aparecen ahora netamente diferenciados del Rodrigo de la historia, y cuya formación y trasunto social —el del Cid imaginado por poetas y cronistas con posterioridad a 1099— han sido desvelados en buena medida. Es verdad que para esta labor no se cuenta con muchas más fuentes de las que ya tuviera a su disposición Menéndez Pidal, pero su utilización obedece ahora a criterios metodológicos e ideológicos muy alejados de los de aquel gran historiador, que han permitido un acercamiento más riguroso a la realidad histórica de finales del siglo XI en la Península.